

ro; se lo di encantado, como premio al esfuerzo. Uno de los responsables del teatro se mesaba la barba y decía: "Chanchas de hormigón, eso es lo que vamos a tener que construir para esta gente". Estaba preocupado el hombre, y con cierta razón. En este momento, organizar un concierto de rock en Madrid es muy difícil: los empresarios de los teatros temen que se lo rompan todo, y, en este caso, el teatro Monumental se había negado a dejar que Siouxi actuase allí, movidos precisamente por ese temor. En lugares de alta seguridad, como el Pabellón de Deportes del Real Madrid —un verdadero campo de concentración—, el peligro es otro: la Policía, que carga contra quienes están en la cola de igual modo que cargaban contra los manifestantes en los tiempos de Franco. En el último concierto de Zappa dejaron tuerto a un chico e hirieron, con sus pelotitas de goma, a varias personas; se ponen nerviosos ante los asistentes a un concierto de rock y, sin embargo, nunca he escuchado que hicieran bajas entre aquellos que van al teatro Real. Entre unas cosas y otras, escuchar buen rock en Madrid se está poniendo difícil.

Por fin, y no muy pasada la hora oficial, comenzó el concierto en sí. El teatro estaba casi lleno, pero había aún localidades vacías, sobre todo en la parte de arriba, que es la que yo escogí para sentarme. Nacha Pop es un buen grupo de jovencitos, que lo han asimilado todo de los Rolling Stones, y que no lo han asimilado mal. Tienen poco que ver con los demás grupos de rock madrileños, y son tal vez mejores técnicos, pero menos atractivos en general. Parecen no haber comprendido que el rock no es sólo música, sino imagen; carecen de imagen. Sin embargo, y a pesar del mal sonido que tenían, gustaron. Gustaron y repitieron. Curiosamente, el público siempre pide que los grupos repitan, aunque no les haya gustado demasiado lo que hacen.

Y luego, Siouxi and the Banshees. Fue interesantísimo, teniendo en cuenta que era la primera vez que veíamos en Madrid uno de los grupos que conforman el movimiento que se ha dado en llamar "nueva ola". Aquí se pagan sumas astronómicas para traer grupos o personas que ya pertenecen al pasado, pero que están rodeados de un glorioso carisma, y, sin embargo, nadie se arriesga con los grupos nuevos. Siouxi and the Banshees no son un grupo genial, pero están muy por encima de lo que acostumbramos a ver. O, por lo menos, son otra cosa. La llamada Siouxi es un ejemplo de energía viviente: salta, se agita y corre por el escenario, aparentemente enloquecida, mientras un roadie servicial está pendiente de ella, para que no se enrede con el cable del micrófono. El grupo suena bien, con una cierta suculencia pospunk que añade agresividad a lo que hacen. Se notan, claro, influencias. Influencias gloriosas, como la de Patti Smith, modelo de las chicas punkeras y pospunkeras; o, incluso, la de Johnny Rotten y Sex Pistols, en esa manera de enfrentarse al público, con ingenua agresividad, con fuerza.

Al respetable —cada vez menos respetable— público no acabó de gustarle el asunto. No sé qué esperaban, pero, desde luego, esperaban otra cosa: tal vez a Montserrat Caballé acompañada por el celestial Mike Oldfield. Y es que eso de la nueva ola no ha acabado de cuajar entre nosotros. Los punks y sus hijos son una minoría, una especie de élite cultural; pero la gran mayoría se sigue entusiasmando por lo sinfónico/paliza estilo Camel, o se deja engatusar por el nombre glorioso de Eric Clapton. No están, por lo visto, muy en la onda de lo nuevo. La nueva ola no es tan nueva aquí, o no ha llegado todavía.

Siouxi tenía prevista una rueda de prensa más tarde, al finalizar el concierto, en la cercana Cometa. Pero decidieron interrumpirla, los res-

RAMON

EL DÍA DEL
LIBRO ESTÁ BIEN
LO MALO SON LOS
OTROS 364 DÍAS
VIENDO LA TELEVISIÓN



ESPECTACULAR
ÉXITO DE U.C.D.
EL GOBIERNO
CUMPLE YA
VENTICINCO
DÍAS

